

la página de
Sergio Vodanovic

NO HAY cómo escapar.

Hemos llegado al año 70 y tendremos elecciones. Desde todos los ángulos dispararán sobre nosotros tratando de "concientizarnos", de "comprometernos" o "adoctrinarnos". Desde la oficina al hogar, del taxi al bus, siempre habrá alguien que querrá convencernos y obligarnos a que adoptemos tal o cual posición política. Y cuando saturados por este único tema, queramos escapar y divertirnos, o pensar en otra cosa, también estaremos atrapados.

Si vamos al Bim Bam Bum, entre plumas, pantorrillas y algo más, veremos una revista que se llama "Yo quiero ser Presidente", en la que Manolo González nos hablará de política; si queremos buscar refugio en el teatro y compramos entradas en el Antonio Varas, sentiremos la sensación de estar asistiendo a una concentración donde, desde el escenario, nos lanzan encendidos slogans revolucionarios; y si, cansados en nuestro deambular por olvidar el tema político, pre-

EL VIRUS DE LA POLITICA



"Z", documento de la situación política griega actual...

tendemos concentrarnos en la tranquilidad hogareña y encendemos el televisor, más de seguro que nos saldrá el rostro de un político o candidato, tratando de proyectar hacia nosotros, pobres televidentes, la imagen que un trust propagandístico ha considerado la más vendadora.

Y si seguimos buscando por los canales del televisor, nos encontraremos con nuevas programaciones de teleteatro humorístico con intención política; charlas en mesas redondas, donde se analiza la propaganda partidista o noticiarios de la gran proporción del material informativo es político. Entonces, como última esperanza, irriremos al cine.

también, nos sentiremos caza-

...a ver a Hitchcock. Presuspenso y el tema de esclásico. Recuerda con nos-

talga esa película vista en algún Cine Club, que fue "39 Escalones", y se propone a entretenerse, emocionarse y reírse con peripecias de espionaje. Y, de partida, lo meten en el complejo de la política internacional; con rusos mandados por el Kremlin, norteamericanos agentes de la CIA y unos pintorescos barbudos, con los que los norteamericanos suelen dar, ahora, el "latin american touch".

Entonces se quiere ver una película buena a las derechas, dramática, como la que más, y piensa en "Z". Y es cierto que ve una buena película, pero el espectador se ve atrapado en la situación política de Grecia, que, irónicamente, fue la cuna de la democracia.

Pero queda aún el camino de la risa. Se anuncia una sátira. La propaganda dice que es una película para reír, y no obstante el sospechoso nombre de "El Golpe de Estado" se acude a verla. Y aún no

termina de acomodarse, cuando principia a pensar en la política chilena, porque en "El Golpe de Estado", si bien pretende reírse de los políticos italianos, la situación calza a lo nuestro, con una identificación que no es consoladora, sino inquietante.

TODO ESTO, aparentemente, no tiene nada de extraordinario. El teatro, el cine y la televisión se nutren de la realidad y una parte importante de ella tiene forma y color político.

Pero, de pronto, ante la insistencia del tema, ante la forma cómo gradual, abierta o solapadamente advertimos que los aspectos políticos van copando esto que los sociólogos llaman "los medios masivos de comunicación", principiámos a sentir la sospecha de estar siendo manipulados, inducidos a pensar en tal o cual forma, del mismo modo que se nos induce a usar un desodorante que no nos abandone a media tarde, o usar

una hoja de afeitar que puede rasurar a veinte barberos.

Pero es sólo una aprehensión. Un cuento de ciencia-ficción. Sin embargo... como estamos politizados, como nuestro cerebro está acondicionado este año para pensar en candidaturas, programas y tácticas electorales, de repente a alguien se le ocurre que el Oscar a John Wayne es una maniobra alessandrista, para mostrarnos que los galanes "maduros" se la pueden, o que el estreno de "Z" fue planeado por la candidatura allendista, o que "El Golpe de Estado" contó con el alto patrocinio del MIR.

En fin, habrá que esperar el gran estreno, el espectáculo cumbre de la chilenedad, las elecciones presidenciales, para que volvamos a ser espectadores de cine, teatro o televisión, sin que el virus de la política nos haga parecer sospechosa nuestra diversión favorita.